

Revistas

CARLOS ILLESCAS BAJO EL SIGNO DE LOS TERREMOTOS POR ARMANDO PEREIRA

Exiliado en México desde 1944, el escritor guatemalteco Carlos Illescas ha participado activamente desde entonces en el ámbito cultural mexicano. Su obra literaria —cuya escasa circulación es algo que aún hoy debemos seguir lamentando— lo sitúa entre los principales exponentes del neobarroco americano: libros como *Friso de Otoño*, *Requiem del obsceno*, *Los cuadernos de Marcias* y *Manual de simios* son la mejor evidencia de ello. Pero también los textos y poemas que han quedado dispersos en revistas y suplementos culturales (algunos de ellos, los más recientes, recogidos en la sección “Disparatario” de esta revista, y que nos gustaría ver pronto reunidos en un libro). Sus incursiones en el cine han producido memorables guiones cinematográficos: *Angeles y querubines*, *La mansión de la locura*, *Auandar Anapu* y *Pañuncio Santo*. Y no menos significativa ha sido su participación en la radio y la televisión mexicana y sus clases de literatura en la Universidad de México.

A mediados de 1979, un importante sector de la intelectualidad mexicana rindió merecido homenaje a Carlos Illescas, con motivo de cumplir sus 40 años de actividad literaria. La revista guatemalteca *Cuadernos Universitarios*, en su último número, ha querido sumarse a este homenaje “y expresar su reconocimiento a quien ha sabido ser defensor incansable de la libertad y la independencia de Guatemala”. Sin embargo, son, una vez más, intelectuales mexicanos quienes saludan a Illescas desde las páginas de la revista guatemalteca: Raymundo Ramos se acerca cautelosamente a “los erizos eróticos que pueblan la poesía de Carlos Illescas”, en un penetrante ensayo sobre el *Requiem del obsceno*: “El sexo erizado en paréntesis de ‘apasionadas yerbas’ crepusculares y vigilan-

tes, no es otra cosa que la trampa perfecta —dionea carnívora— que habrá de atrapar y consumir —constanciar la carne del sexo contrario... El erizo es coño pero también es música; cuando el dolor se desmuestra se vuelve llaga de pura sensibilidad; orgiástico en las fronteras del placer-sufrimiento: es entonces cuando se parece a los ‘erizos de la música’; el coño musical que duele y gratifica en los afanes...”

Los textos de Efraín Huerta, Cardoza y Aragón, Carlos Monsiváis, Marco Antonio Campos, Margo Glantz, Rafael David y el telegrama de Luis Enrique Délano coinciden, todos ellos, en señalar la figura de Carlos Illescas como la de un hombre íntegro, tanto en su quehacer literario como en sus actitudes políticas, dos actividades en las que es difícil permanecer como lo ha hecho Illescas: sin desfallecimientos ni claudicaciones. Sobre todo, si se atiende a las condiciones en las que ha tenido que pensar y escribir el escritor guatemalteco: sin una geografía que lo respalde, como no sea aquella que Gonzalo Rojas ha dado en llamar la geografía del “transterrado”. Ese no-lugar al que sólo se accede por la palabra.

Del homenaje destaca, sobre todo, la entrevista de Cristina Pacheco a Carlos Illescas (hay otra, es cierto, la de Angelina Camargo, pero demasiado raquítica e irrelevante). Porque la entrevistadora desaparece felizmente del texto para dejar hablar al entrevistado, ese único gesto que puede hacer brotar un itinerario espontáneo (y no impuesto por la voz que pregunta), capaz de develarnos, en su transcurrir, esas zonas luminosas, esas zonas oscuras, por las que ha tenido que cruzar una vida, la escritura de una vida: “Salí de un barrio de Guatemala que se titula, no se llama, La Parroquia Vieja. Conocí la iglesia en forma precaria porque fue des-

truida por el terremoto de 1918. Los terremotos, los sismos, están íntimamente ligados a mi vida, como que nací en medio de uno de ellos, bajo signo de Tauro. Como tal soy fácilmente ‘citado’ y cada vez que esto ocurre acudo al encuentro con entereza, arando la arena y con embestida clara. Si no fuese republicano, diría que con embestida noble”.

La biografía de Illescas evoluciona entre todo tipo de terremotos, desde los estrictamente geológicos que acunaron su nacimiento hasta los estrictamente políticos que le impusieron el exilio: “La casa donde viví de niño era muy grande y ruinoso, víctima de los terremotos. Nací a mitad de un temblor y a la mitad de la calle que se llamó Avenida de San José y Callejón de Candelaria... La señora que asistió a mi madre se llamó Concha Badillo y a ella la ayudó Julia La-salvia, italiana. Sé estos detalles porque mi madre contaba con gran frecuencia las circunstancias conmovedoras, y no por ello menos temblorosas, de mi nacimiento. Mi padre, mientras tanto, andaba en actividades propias de su sexo: lo cual explica que al morir don Manuel María Illescas lo hayan acompañado 54 hijos vivos... Siempre fueron muy queridos para mí estos 53 medio hermanos. Aún ahora cuando hay oportunidad nos reunimos para charlar acerca de las proezas de nuestro querido Taras Bulba. Como buenos machistas, olvidamos penalidades, sufrimientos, lágrimas femeninas. Todo estaba dentro de una tradición familiar aceptada. Mi madre conocía al resto de las mujeres con quienes mi padre tenía relaciones y se llevaban muy bien. Además, don Manuel María contaba con gran envidia que su tío abuelo, don Perfecto, llegó a México fundando pueblos mediante raptos tumultuarios”.

Después de estos pequeños e in-



significantes terremotos, la biografía de Carlos Illescas se ve violentada por conmociones de otro orden, y que han dejado una huella más honda y oscura no sólo en la vida del escritor sino en la de todo un pueblo que ha vivido, generación tras generación, bajo el signo del terror y la muerte. Porque ningún terremoto ha producido tantas víctimas en Guatemala como las dictaduras políticas que recorren su historia. "Hay un capítulo en la vida de mi madre al cual me importa mucho referirme: su comportamiento durante la semana que duró el bombardeo ordenado por Manuel Estrada Cabrera, en 1922... Una noche la soldadesca asaltó nuestra tienda... nos sacaron a la calle para que viéramos cómo se castigaba a los opositores. Vimos entonces una serie de fusilamientos terribles. Luego nos soltaron y nos permitieron volver a la casa. Estábamos empavorecidos, sobre todo mi madre. Decía: 'Quien mira estas cosas de niño, ya de grande queda tonto y mudo'. En nuestra habitación, mientras ella rezaba, seguimos oyendo cómo mataban a la gente contra la pared de nuestra casa". Fueron esos hechos y la guerra civil española los que forjaron la conciencia política de Illescas: "mi conciencia se alimentó... por el odio al ubiquismo. La dictadura de Jorge Ubico significaba represión, cárcel, noches de horribles fusilamientos. Pero lo que me hizo tomar una verdadera conciencia política fue la guerra civil española". Esa conciencia política, por otra parte, fue la que lo llevó a participar en el movimiento que derrocaría a Ubico y, también, al exilio en México.

"Quien mira estas cosas de niño, ya de grande queda tonto y mudo": Illescas no sólo no enmudeció, sino que supo hacer de la palabra un instrumento eficaz para edificar la vida y la belleza. Su obra, sus libros, cada uno de sus poemas, constituyen la mejor respuesta de un poeta contra la censura, el terror y la muerte a la que la dictadura ha querido reducirlo.

El exilio, por más que se diga lo contrario, no es nunca una tierra fértil para el escritor. En el exilio, la escritura tiene que luchar doblemente: no sólo contra la propia soledad que nace del acto de escribir, sino también, y sobre todo, contra la soledad ambiente, de la que no logra reconocer sus signos por ninguna parte. Pero de cualquier forma, la escritura de Illescas supo crear su espacio pro-



pio, el espacio que le hurtaba el poder, espacio que no hubiera podido encontrar en su tierra natal, porque allí la censura y la represión recorren todos los rincones de la vida. En Guatemala —ha dicho recientemente Augusto Monterroso— "la censura consiste en un balazo".

Cuadernos Universitarios, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de San Carlos de Guatemala, núm. 5, nov-dic., 1979.

LECTURAS

FALANGE, FALANGINA, FALANGETA

La Falange, revista de cultura latina, México, D. F., diciembre de 1922 a ¿octubre? de 1923. Directores Jaime Torres Bodet y Bernardo Ortiz de Montellano. Siete números. Primera edición facsimilar, editada por el F.C.E., México, 1979

POR GUILLERMO SHERIDAN

El primero de diciembre de 1922 aparece el primer número de *La Falange*: tres gordos efebos que caminan al parejo como *flappers* del Politeama haciendo pasarela; sostienen en las manos diestras una lanza obesa que amenaza a la izquierda. Cada uno porta un redondo escudo con tres emblemas: el rayo, el sol y la rosa. El ímpetu, la sabiduría, el arte quieren ungir así, este nuevo momento en la carrera literaria del primer grupo de Contemporáneos (Torres Bodet, Montellano, González

Rojo, Gorostiza) después de la ya comentada aquí *Revista Nueva*.

Torres Bodet y Ortiz de Montellano cuentan en ese momento con 20 y 23 años de edad respectivamente, y ya han publicado en el mismo orden, primerizos libros de poemas: *Fervor* y *Avidez*. Entre los redactores se cuentan Jiménez Rueda, Rafael Lozano, Toussaint y Xavier Villaurrutia, recién incorporado al grupo de amigos.

La revista no es muy distinta de sus antecesoras pero sí de sus contemporáneas argentinas o cubanas: el frenesí decimonónico (Fort, Louys, Moreas, Verlaine), el colonialismo de Toussaint —tan odiado por Tablada—, la indecisión crítica y estética, el divorcio con la realidad circundante. Con todo, hay algunas innovaciones que ya hablan de preocupaciones más características del grupo que, luego, han de adquirir relevancia: las artes populares y el folclore, la rara secuela del vasconcelismo que fue la pasión por la literatura oriental (Kayyam, Tagore, Haffiz, etc.), traducciones de modernistas brasileños (Graca Arana, Carvahlo, Machado de Assis —comentado por Torri), el interés por la "nueva pintura mexicana" que los lleva a reproducir cuadros y a publicar ensayos sobre y de Rivera, Mérida y Montenegro.

Al rededor de todo esto prevalece, ciertamente, un tono militante y grupal que recuerda en el fondo al que se sentía en *Gladios* o *La Nave*, si bien ahora éste es mucho más consciente de sí mismo y de sus intenciones. Ese tono, por supuesto, en un momento tan conflictivo como los *early twenties* nacionales, causó problemas con otros grupos que la hicieron blanco favorito de sus denuestos, sobre todo de la pandilla de Maples Arce y sus